



1978 ha quedado en la historia contemporánea de la Iglesia Católica como "el año de los tres Papas" y, más precisamente, los meses de agosto, septiembre y octubre, como el pivote en el que se precipitaron los acontecimientos: fallecimiento de S.S. Pablo VI, elección y muerte imprevista de S.S. Juan Pablo I y elección e inicio del "ministerio de Pedro" de S.S. Juan Pablo II, primer Papa polaco de la historia y primero no italiano en cuatro siglos.

Cuando Pablo VI falleció en Castelgandolfo el 6 de agosto, nos dejó como herencia su comprensión lúcida y -lamentablemente- poco frecuente del tiempo en el que le tocó vivir; comprensión expresada en sus discursos y documentos con un lenguaje terso y transparente, vehículo de un pensamiento claro y bien articulado. Estas cualidades, unidas a su convicción de tolerancia y a su experiencia política y pastoral, le permitieron llevar a buen término el Concilio Ecuménico Vaticano II e iniciar la puesta en marcha de la etapa post-conciliar con muy buen pie.

En mis tiempos de estudiante de Teología en Roma, se atribuía a la perspicacia y al buen humor de Juan XXIII identificar al entonces Cardenal Montini como: "Nuestro Hamlet de Milán". Ignoro si es objetiva esta atribución y, sobre todo, desconozco el contexto y el sentido que habría tenido en boca del Papa Roncali, pero sí lo que habría querido insinuar el Papa acerca del entonces Cardenal Arzobispo de Milán, al que mucho estimaba, era su percepción de lo simple como simple y de lo complejo como complejo (al estilo del príncipe danés en la obra de Shakespeare), sin pretender simplifi-



caciones carentes de sustentación real, entonces la frase habría sido un excelente retrato, dibujado con una sola pincelada genial. Me parece extraviada la interpretación que leí entonces en alguna publicación, según la cual, Juan XXIII lo había calificado así, como "Hamlet", para subrayar un temperamento dubitativo y poco capaz de tomar decisiones. Extraviada, porque -en primer lugar- el Hamlet de Shakespeare, más que dubitativo era reflexivo, que es algo muy distinto, y -luego- porque sí era capaz de tomar decisiones (¡y vaya si las toma en la pieza teatral!) y el Cardenal Montini... también! No era hombre Pablo VI que se dejara paralizar por las dificultades y, mucho menos, por los vericuetos oscilantes de la opinión pública. Sabía escuchar con atención y meditar de verdad, pero no actuaba buscando simpatías y apoyos, sino en seguimiento a la voz susurrante de la conciencia bien formada. Sirva de testimonio ilustrador la redacción de su encíclica "Humanae vitae": escuchó a todos y, sopesadas las opiniones, emitió la suya propia, por conciencia de su ministerio petrino, nadando contra la corriente del momento.

Juan Pablo I, de su fugaz paso por la sede romana, además de la sorprendente conjunción de los nombres, nos dejó el testimonio de su sonrisa audaz ante la situación que le correspondía encarar. Lo que nos es permitido conocer acerca de su personalidad, por su vida anterior y, muy especialmente, por su ministerio episcopal en Venecia, nos revela que esa sonrisa no era la de la ingenuidad infantilona e ignorante, ni, -mucho menos- la de la máscara de una actuación en escena; fue la sonrisa nacida del hondón de la



Esperanza, de la confianza serena y Aquel que todo lo puede y por Cuyas manos discurre nuestra existencia.

Juan Pablo II, desbrozado el camino por los Pontífices anteriores, desde el Sede que ellos prestigiaron hasta nos les pocas veces alcanzados en la Historia, timonea la Iglesia con ánimo evangelizador, en este singular fin de siglo XX, que parece encarnar un gran en el decurso de la gran aventura humana. En medio de las ambigüedades epocales y sin desconocerlas, el Papa hace presente la persona de Jesucristo en todos los rincones del universo mundo y del corazón del hombre. Hemos tenido la fortuna de que toda riqueza de la experiencia eclesial se la irradie desde el mismo núcleo de la vida de la Iglesia universal, confiéndole henchimiento con sus adquisiciones peculiares.

¡Felices los hombres y mujeres de esta generación, porque nacimos a la vida de la fe siendo Pío XI Obispo de Roma, tomamos conciencia de nuestra identidad católica a lo largo del extenso y gratificante pontificado de Pablo XII, gigante de la Iglesia, y hemos durado a la sombra de Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II que reúne a los cuatro y en el que todavía no hemos terminado de hacer! Así es nuestra Santa Madre Iglesia, gobernada por el Espíritu Santo, que se sirve para ello de instrumentos humanos diversos en su personalidad y en sus acentos, pero idénticos en su fidelidad: oportunos caen uno de ellos para la coyuntura precisa y todos iluminadores para quien tenga bien sispuestas sus antenas del corazón, de la mente y del mollo del alma.